



## CAPITULO XXIV.

*En las altas esferas.*

**A**petición del señor Manuel Larrainzar, ministro de Justicia y negocios eclesiásticos, se había convocado á una reunión de gabinete en la sala de despacho del señor general Zuloaga, Presidente de la República, interino, conforme al plan redentor de Tacubaya.

—El señor ministro de Justicia ha instado mucho para que se celebre este consejo extraordinario, dijo Zuloaga, y nos va á hacer el favor de decirnos el asunto importante que lo ha motivado.

—Señores, comenzó diciendo Larrainzar, hoy comienza una época notable para nosotros los que pertenecemos fervorosamente á la iglesia católica, apostólica, romana; hoy da principio la Semana Santa, y como ministro encargado de los negocios eclesiásticos, he creído de mi deber presentar al gabinete un ligero programa de devociones para solemnizar las fiestas del Crucificado.

Lo que menos se esperaban tanto el señor Zuloaga como sus demás ministros, era aquel exabrupto del de justicia, de modo que se miraron sorprendidos, se sonrieron é inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Mi programa, continuó diciendo el señor Larrainzar, es muy sencillo, y lo traigo aprendido de memoria. Como nosotros somos, sin género de duda, los sostenedores, mantenedores, defensores y redentores de nuestra santa religión, estamos obligados á ser los primeros en manifestarnos religiosos para ejemplo del pueblo y respeto y apoyo de la venerable clase sacerdotal, en esa virtud propongo que toda esta semana la consagremos á ejercicios piadosos, y así hoy lunes lo dedicaremos á la preparación, aunque desde ayer debíamos haber concurrido á bendecir nuestras palmas; mañana martes concurremos al tribunal de la confesión, el miércoles á la ceremonia de la Señá y á las tinieblas, el jueves recibiremos todos, pero todos los que componemos el poder público, la comunión, después visitaremos los altares y rezaremos las estaciones por las calles, como conviene á los buenos cristianos; el viernes concurremos al Aposentillo, á las tres horas y á la procesión del Santo entierro. . . . .

—Y el sábado á que nos cuelguen, dijo Zuloaga riéndose.

Pero como los demás no se rieron, sino que permanecieron muy graves, inmediatamente agregó el primer magistrado:

—Es una chanza. Ahora hablando formalmente, repuso, me parece que muchos tenemos una grave dificultad para asistir á la comunión.

—¿Cuál? preguntó Larrainzar.

—La de que estamos excomulgados por haber jurado la Constitución.

—Todas las penas impuestas á ese horrible pecado han sido levantadas por una autoridad eclesiástica competente, por el Ilustrísimo señor Obispo Munguía, á cuantos se opongan á aquel aborto legislativo, con el solo hecho de adherirse al plan político de Tacubaya.

—Es verdad, dijeron los demás ministros.

—No habiendo tal inconveniente, iremos todos á comulgar, contestó Zuloaga.

El programa de Larrainzar, con pequeñas modificaciones, fué aprobado en junta de ministros.

Como una bomba cayó sobre los empleados y funcionarios la circular y sobre los militares la orden, que se expidieron inmediatamente después de la junta de ministros, para que todo el mundo se confesara y comulgara el jueves santo, á cuyo efecto había de concurrir todo el elemento gubernativo bien peinado, uniformado y dispuesto, á los oficios divinos que con tal objeto se celebrarían en la Catedral.

Cuando los generales Zuloaga, Parra, Castillo, Gutiérrez y otros estuvieron juntos en la presidencia acordando los pormenores de la ceremonia militar respecto de músicas, vallas y asistencia, el general Parra, que era muy *mochó*, pero á la vez muy despreocupadote como jalisciense, al tratarse de lo de la confesión y la comunión soltó la carcajada exclamando:

—¡Cómo! ¿también su excelencia el señor Presidente va á comulgar?

—También mi excelencia, contestó Zuloaga riéndose. ¡Miren ustedes nomás en qué apuros me han puesto y me

siguen poniendo esos condenados beatos que se llaman mis ministros!

—¡Alto, señor Presidente! Yo también soy ministro y no soy beato.

—Pero usted no concurrió á la junta.

—Parece que olí lo que iba á tratarse, porque si he estado presente, de seguro suelto la risa y comprometo la gravedad del gobierno.

—Que concorra el gobierno á las ceremonias, dijo Castillo, santo y muy bueno; pero eso de ir á rezar por las calles, es ridículo.

—Sobre todo, agregó Zuloaga, cuando tantos de los que tenemos que recibir la comunión y rezar las estaciones, no sólo juramos la Constitución, sino que anduvimos por los pueblos hasta apedreando las imágenes de los santos.

—¿Pero á quién son debidas tantas exigencias?

—Primeramente á mis ministros, y con especialidad á Hierro Maldonado que se ha comprometido. . . .

—Que se ha comprometido á qué? preguntaron Gutiérrez y otros generales.

—Voy á hablar con franqueza, prosiguió Zuloaga: mi ministro de Fomento y Hacienda, don Juan Maldonado, está negociando un empréstito, mejor dicho, un auxilio, porque el empréstito nunca se pagará, con el venerable cabildo eclesiástico de esta diócesis, y me parece que el Dean ó algún otro personaje del clero ha sugerido la idea, casi con el carácter de condicional, que para que todos los señores sacerdotes que están dispuestos á prestarnos uno ó dos millones que necesitan Osollos y Miramón para la campaña, no se arrepientan, es conveniente que se haga algún alarde de religiosidad por parte del gobierno,

precisamente teniendo en cuenta que somos muchos los que juramos la Constitución.

—Ya comprendo, exclamó Parra, lo que quiere el clero es que matemos *gachupín*.

—¿Qué es eso? preguntó Castillo.

Entonces Parra contó el cuento aquel de que los insurgentes muy desconfiados como Morelos, no llegaban á admitir á ningún realista convertido, sino cuando tenían la prueba de que había matado á un español de los que militaban en contra de la independencia.

Una vez convencidos todos los militares, funcionarios y empleados, de que no tenían más remedio que comulgar y rezar para que el clero soltara los millones, y para dar una prueba evidente de que el gobierno no sólo era adicto, sostenedor, amigo y compadre de la religión, sino observante humilde de las prácticas que tenía establecidas la iglesia para sus fieles, una vez que se supo que aquello era una exigencia ineludible de la política nueva que reinaba, la cual podía llevar el apodo de dictadura clerical, todos corrieron á las iglesias á buscar padres con quienes confesarse, formándose una romería oficial muy chistosa.

Los periódicos de aquella época, que eran todos redactados por conservadores, como «La Sociedad», el «Diario de Avisos» y el «Diario Oficial», pues no había prensa libre como diremos luego, contenían largas y apetitosas reseñas sobre las composturas de la Catedral, sobre cómo el Exmo. señor Presidente y los Exmos. señores ministros y sus excelencias los señores generales se sentaron bajo palio, los unos con sus augustas familias y en sillones dorados, los otros con sus familias menos augustas, para asistir á los oficios divinos, y cómo llegada la vez, todas esas

excelentísimas personas, de ambos sexos, recibieron la sagrada eucaristía de las manos santas del Ilustrísimo, reverendísimo y eminentísimo prelado. Lo cierto fué que no hubo campanas, porque en los días santos no se repica, ni hubo cañonazos, ni cohetes, porque solamente hasta el sábado es cuando se queman los judas; pero en cambio hubo músicas que tocaron muy piano, hubo cánticos sagrados, hubo muchas ceremonias y lucieron muchas joyas las damas y muchos entorchados y cruces los militares, habiendo también personajes que llevaron cordones y cruces de la orden distinguida de Guadalupe, ya entonces difunta.

También se dijo que el señor Presidente, ministros, generales, empleados y funcionarios que componían la administración, habían ayunado y comido de vigilia casi toda la semana.

Lo que sí se vió con gran contentamiento de las damas y el clero, y con grande admiración de las gentes sencillas del pueblo, fué que por la tarde del jueves el señor Presidente con ministros y funcionarios, acompañados de una música y de muchos soldados, salieron de palacio con las cabezas descubiertas, con velas de cera en las manos y dirigidos por varios sacerdotes revestidos de todas sus insignias, rezando á voz en cuello las estaciones, y que recorrieron en son de mogiganga las calles de Plateros, de San Francisco, del Reloj, de Don Juan Manuel, etc., para visitar, siempre rezando en voz alta, las iglesias de la Profesa, de San Agustín, de San Francisco, de Santa Teresa y de Santo Domingo.

Apenas terminada la gran maniobra religioso-política de las estaciones, todo el concurso oficial se dirigió á la iglesia metropolitana á ofrecer el rezo con gran ruido de

cánticos, y luego ocuparon sitios para seguir presenciando las demás ceremonias del rito correspondientes á la tarde y noche del jueves santo.

El viernes santo, según estaba acordado, el gobierno con todos sus acólitos pasaron el día en la Catedral y en otras iglesias para celebrar el aposentillo, la oración del huerto, las tres caídas, el vía-crucis, las tres horas, el descendimiento, el santo entierro y las demás ceremonias correspondientes.

A las diez de la noche que cesó el trágico, dijo Parra muy rendido á la oreja del Presidente:

—Si para el otro año nos dan la misma soba, prefiero dejar la cartera.

—Y yo la Presidencia, contestó Zuloaga.

De tal manera quedaron impresionados los ánimos con todo aquel boato y con todo aquel aparatoso enjambre de ceremonias religiosas y civiles, que el periódico «La Sociedad» no pudo menos que lanzar por primera vez la gran idea, la salvadora idea de que para que todas estas grandes conquistas no se perdieran, había que solicitar la protección decidida y fraternal, ó paternal más bien, de alguna potencia europea que pudiera contrarrestar con fruto las simpatías que demostraban los Estados Unidos por los liberales de México. Esto es, el partido conservador y clerical propuso ya directamente una intervención extranjera: poco después fué cuando empezó á hablarse ya con formalidad también de un príncipe extranjero, apoyado por las potencias, que fuera católico, para que apoyara á su vez al clero con todos sus bienes y preeminencias y al partido conservador.

A fines de Abril, cuando tanto Osollos y Miramón, como Echeagaray, como los dos hermanos Cobos, como

Negrete, como los demás generales que se encontraban en campaña pedían recursos con apremio y no podía mandárselos el gobierno, Zuloaga se encaró con Hierro Maldonado, su ministro de *finanzas*, y le dijo:

—Ya fuimos á las iglesias, ya rezamos, ya comulgamos para que el clero nos proporcionara uno ó dos millones de pesos, se ha pasado un mes y no nos ha dado ni cuartilla, ¿qué sucede pues?

—Sucede, señor Exmo., contestó el ministro, que los canónigos y todas las demás reverencias de la iglesia están celebrando cabildos para determinar alguna cosa, y según me informan, las discusiones son acaloradas, ya porque unos alegan que no hay dinero contante disponible sino en algunos conventos ricos, ya porque otros se oponen á que se hipotequen las casas ó á que se nos den escrituras para que nosotros las negociemos.

—Que no le pongan á usted los ojos verdes, señor ministro, cuando yo me pronuncié, es decir, antes de que me pronunciara, para decidirme á dar el golpe, me llevaron á ver el tesoro de la iglesia y me enseñaron muchos miles de talegas amontonadas, manifestándome que todo aquello serviría para ayudarnos á constituir y sostener un gobierno en caso que yo me resolviera á echar á pique el de Comonfort. Aquel Presidente fué mi amigo y mi sostén contra los liberales que no me querían aceptar, y si yo cometí la ingratitud al ponérmele enfrente, fué obligado por las promesas que me hizo el clero y que ahora debe cumplir. Es preciso que las cumpla ya, señor ministro, pues que hasta ahora apenas nos habrá ayudado con unos veinte mil pesos, y á mí me hizo creer que tenía á mi disposición lo menos unos veinte millones.

—Hoy mismo voy á hacer mérito de esos ofrecimien-

tos con los sacerdotes de más influencia, dijo el ministro.

—Porque, continuó con tono bastante molesto el Presidente Zuloaga, si no nos ayudan, y muy pronto, van á suceder una de dos cosas ó las dos cosas juntas, lo que también les dirá su excelencia á los señores prebendados: que los generales se nos pronuncien ó que nosotros mismos nos veamos obligados á reconocer el gobierno de Juárez, que al fin y al cabo es el legítimo.

El ministro se puso horriblemente pálido ante estas palabras, y no pudo hacer otra cosa más que inclinarse humildemente.

—Observo otra cosa, siguió diciendo Zuloaga exaltándose cada vez más con sus propias palabras, que todos los gobernadores, que todos los comandantes militares, que todos los caciques que dependen de nuestra administración, están despachándose con la cuchara grande, sin que nadie les vaya á la mano. Todos se han revestido de facultades extraordinarias, todos decretan préstamos, imponen contribuciones y se echan compromisos, sin que de acá se les pueda decir nada porque contestarían que no se les da dinero y que no están dispuestos á morir de hambre, de modo que estamos dando el escándalo de vivir en plena anarquía, cuyo estado de cosas no puede prolongarse, si no queremos hundirnos. . . .

—Todo gobierno nuevo tiene sus dificultades. . . .

—Es cierto que todo gobierno nuevo necesita organizarse; pero también es verdad que en cinco meses no hemos podido dar ni un solo decreto salvador para que nos proporcione elementos, á cambio del que dimos quitándonoslos aboliendo la desamortización de los bienes de manos muertas, que fué la gallina de los huevos de oro de

la anterior administración. ¿Cuándo veremos á nuestro ministro de *finanzas* con un proyecto de su invención para crear recursos sin apelar á la caridad avara de los clérigos?

El ministro se puso rojo como una amapola y contestó balbuceando:

—Pronto tendré la honra de someter uno á la consideración de Su Excelencia.

Y como de las deliberaciones que tuvieron por muchos días los jefes de la iglesia metropolitana resultó que sí había disposición de ayudar al gobierno hasta con un millón y medio de pesos, pero que no habiéndolos, se le darían doscientos mil en partidas, y algunas escrituras y promesas, con todo lo cual no podía salir el gobierno del gran atolladero en que estaba metido, el ministro de Hacienda presentó el gran proyecto que había ofrecido, el 13 de Mayo.

—¿Qué es esto? preguntó Zuloaga.

—Es el decreto salvador: un proyecto para que se pague por una sola vez una contribución extraordinaria sobre todos los capitales, el cual rendirá, según mis cálculos, de dos á tres millones de pesos.

—¡Pues que se publique! exclamó Zuloaga.

Y para sus adentros se dijo:

—Esta ha de ser una de tantas barbaridades; pero en fin, que coma la tropa, y después de nosotros el diluvio, como dijo el otro.

Efectivamente resultó el decreto una gran barbaridad, porque fué á herir muchos intereses que estaban tranquilos, y los primeros que protestaron fueron los extranjeros, manifestando que ellos no podían ayudar con

su dinero á que se estuviera manteniendo viva la guerra civil, y acudieron á sus representantes diplomáticos para que los defendieran.

Entonces se dió otro decreto diciendo que ninguna autoridad podía gravar con ningún préstamo ó contribución los bienes de los extranjeros, lo cual hizo que á su vez los mexicanos ricos dieran muestras del mayor disgusto, empezando á renegar de sus regeneradores, tanto más cuanto que suponían que aquel era un gobierno que pertenecía á la iglesia, y á la iglesia correspondía mantenerlo.

Quizá alguno de los pocos periódicos que se publicaban, se atrevió á decir algo sobre el particular, y algún otro manifestó que no habiendo ley de imprenta, los escritores estaban sometidos á procedimientos arbitrarios, lo cual los ponía en peor condición que los delincuentes comunes.

Entonces se reunió el gabinete, hubo una discusión muy animada, y el ministro de la gobernación, señor Elguero, propuso para zanjar las dificultades que se declarara vigente sobre asuntos de imprenta la ley llamada de Santa-Anna.

—Hombre, muy bueno, gritó el general Parra, para que así todos los escritores que se propasen vayan á dar á San Juan de Ulúa.

—¡Canastos! exclamó por su parte Zuloaga, ahora aparte de llamarnos *mochos*, nos van á llamar también santanistas.

Cuando salieron Larrainzar, Elguero y Hierro Maldonado de la Presidencia, se comunicaron el pensamiento que desde días atrás venía haciéndoles cosquillas en el

magín y que ninguno se atrevía á externar, dicho pensamiento fué este:

—Es necesario ver cómo nos quitamos este Presidente que es un poco estúpido y nada apropiado para la situación. Desde mañana le buscaremos un sustituto.

